



5. Mundo árabe: las revoluciones pendientes

Entrevista a Gilbert Achcar

“El proceso que comenzó en 2011 continúa vivo tras el derrocamiento de Mursi”

Santiago Alba

Gilbert Achcar (Líbano 1951) es un referente ineludible para todos los que nos interesamos por la situación en Oriente Próximo y en el mundo árabe en general. Profesor primero en la Universidad de París-VIII y ahora en la School of Oriental and African Studies de Londres, su larga e influyente obra constituye un solidísimo andamio para abordar desde el marxismo los avatares de una de las zonas más convulsas y determinantes del planeta.

Su voz ha adquirido una particular autoridad tras el desencadenamiento en 2011 del proceso revolucionario conocido como “primavera árabe”, que Achcar había anticipado de algún modo desde 2004. En los tres últimos años, muchos nos hemos guiado por su visión valiente y rigurosa, a veces polémica, enfrentada a todos los esquemas, de derechas y de izquierdas, que pretendían reducir el despertar de los pueblos a un “impulso de liberalización política” o negarlo en nombre del anti-imperialismo y la “obediencia” geoestratégica.

Afirmando esta complejidad, desde una defensa del marxismo revolucionario y democrático -es decir, revolucionario; es decir, democrático- Gilbert Achcar acaba de publicar en francés, árabe e inglés la que es, a mis ojos, la obra más completa y rigurosa sobre un proceso de cambio que aún no ha terminado: *Le peuple veut. Un exploration radicale du soulèvement arabe*. Sindbad – Actes sud, 2013 (*El pueblo quiere. Una exploración radical del levantamiento árabe*). Lejos del oportunismo y la anécdota, Achcar explora en profundidad las causas económicas, históricas, políticas y regionales de las intifadas árabes, dejando abiertas distintas vías de interpretación y transformación para un futuro incierto del que, en todo caso, podemos decir ya que vendrá marcado por esta “voluntad” de los pueblos y la nueva conciencia de su poder.

Nuestro propósito inicial era conversar con él en torno a su libro y a las “revoluciones que faltan” (minorías, género, economía, etc), pero las movilizaciones y el golpe militar en Egipto nos obligaron a centrarnos en un acontecimiento que introduce nuevos elementos y quizás nuevas derivas en las revoluciones en marcha. Desde aquí quiero agradecer personalmente a Gilbert Achcar sus trabajos, así como la heroica paciencia y generosidad que me ha demostrado antes, durante y después de esta entrevista, que tuvo lugar en el mes de julio.

Pregunta: Comenzamos, Gilbert. Dime, ¿qué ha pasado en Egipto? ¿Qué está pasando en Egipto?

Gilbert Achcar. Lo que está pasando en Egipto, como ya he tenido la ocasión de subrayar otras veces, es de alguna manera, en el plano formal, una repetición de lo que pasó en enero-febrero de 2011. Es un golpe de Estado, el segundo golpe de Estado, porque en 2011 también hubo un golpe de Estado. Hablo en el plano formal. El primero fue durante el levantamiento de 2011 y el segundo ahora. El primero fue la intervención del Ejército para descartar a Mubarak y el segundo ahora para descartar a Mursi. Los dos se han producido en el marco de un levantamiento popular; por eso, la alternativa golpe de Estado/revolución me parece inexacta. En ninguno de los dos casos hay revolución, en el sentido de cambios estructurales en el nivel económico y social. Si hablamos de derrocamiento de regímenes, de acuerdo, hay revolución, en el sentido de grandes movilizaciones de masas, tanto en enero de 2011 como ahora, con unas movilizaciones aún mayores, gigantescas, movilizaciones que en los dos casos llevan a la intervención del Ejército. La diferencia, claro, es que en 2011 fue derribado el régimen de Mubarak y ahora, en junio de 2013, ha sido derribado el “gobierno” de Mursi, pues evidentemente aquí no podemos hablar de “régimen”. Es el gobierno de los Hermanos Musulmanes el que ha sido derrocado. La otra diferencia, cualitativa, es que en enero de 2011 los Hermanos estaban en la calle, protestando contra Mubarak junto a la oposición liberal y la oposición de izquierdas, y esta vez los Hermanos estaban en el gobierno y en la calle, protestando contra ellos, había una combinación de oposición liberal, oposición de izquierdas y partidarios del *ancien régime*.

Lo que resulta extraño en este debate sobre golpe de Estado o revolución es que nadie recuerde que, desde un punto de vista formal, también la intervención del Ejército en febrero de 2011 fue un golpe de Estado. Es por eso que yo siempre he subrayado que el Ejército egipcio era y es la columna vertebral del Estado egipcio; lo era bajo Mubarak y lo siguió siendo bajo Mursi. El que crea que Mursi, llegando al gobierno, pasó a controlar al Ejército no ha comprendido nada. Siempre fue el Ejército, y no Mursi, la fuerza principal de la política egipcia.

P.: Comparto completamente los datos que das y el análisis, pero dime entonces, ¿dónde estaría la diferencia entre lo que ocurrió en 2011 y lo que ha ocurrido ahora?

G.A.: En la forma no hay ninguna diferencia. Ahora bien, en el fondo, ¿cuál es la dinámica profunda tanto en el levantamiento de 2011 como en el levantamiento de 2013? La dinámica profunda es la misma en los dos casos. Se trata, de entrada y fundamentalmente, de un gran descontento social. De ninguna manera hay que creer que en 2011 o ahora, en junio de 2013, las razones del levantamiento hayan sido de carácter político. Eso no es cierto. La política no moviliza a millones. Eso solo moviliza a algunos miles; estudiantes, intelectuales, políticos, pero no a millones. A esos millones no es la Constitución lo que les interesa o el nombramiento de un determinado juez por parte de Mursi. Eso les trae sin cuidado. Lo que moviliza a millones es el descontento social, que es la dinámica profunda del sistema. Por eso lo que acaba de ocurrir es una etapa nueva en un proceso revolucionario, pero en un proceso revolucionario que está muy lejos de haber concluido. Cualquiera que sea la salida de los acontecimientos actuales, lo que no se perfila en el horizonte es un cambio socio-económico en profundidad capaz de hacer salir al país de la crisis. Eso no está en el orden del día del futuro inmediato previsible.

P.: Ahora hay miles o millones de partidarios de Mursi en la calle, con detenciones y hasta matanzas. En el marco de este largo proceso revolucionario del que hablas, ¿podemos considerar el golpe de Estado un progreso o un retroceso?

G.A.: Es un progreso y un retroceso; las cosas son más complicadas. Sabes que la dialéctica consiste precisamente en eso: una superación de las oposiciones. Se trata de un paso adelante en el sentido de que hay una radicalización de un descontento social no resuelto; hemos visto que las luchas sociales no han cesado desde 2011 hasta ahora; todos los días ha habido huelgas y movilizaciones, con un número extraordinario de luchas sociales; y, no obstante, todas las medidas represivas de los Hermanos y de otros no se han logrado detener. Hay una radicalización en el sentido de que la gente se ha rebelado contra un gobierno que, respecto de Mubarak, representa una estricta continuidad en el plan social y económico con algunos efectos políticos más inquietantes que esperanzadores.

Lo que es peligroso hoy, como en 2011, son las ilusiones sobre el Ejército, esta renovación de las ilusiones sobre el Ejército. El Ejército había perdido toda su credibilidad y el gobierno de Mursi ha logrado dar una nueva popularidad al Ejército. Yo mismo había podido comprobar en Egipto en los últimos tiempos estos dos fenómenos: de un lado el descontento frente a las políticas de los Hermanos, pero de otro también este nuevo apoyo al Ejército, esta buena imagen, estas ilusiones depositadas en él. Llegamos, pues, a esta contradicción

que expresa sobre todo la debilidad organizativa y estratégica de la izquierda, o incluso la ausencia total de una dirección política de izquierda en Egipto.

P.: Pero hablemos del papel de EE UU, de Arabia Saudí, del Ejército mismo. ¿Qué tipo de coordinación ha habido entre ellos? ¿Se han consultado? ¿Han actuado por su cuenta?

G.A.: Mira, una cosa que he dicho muchas veces sobre el papel de EE UU, ahora también en mi libro: la posición de los conspiracionistas que creen que EE UU está detrás de todo lo que ocurre en el mundo, que creen en la omnipotencia de EE UU, es muy semejante a la de los antisemitas que creían y creen que los judíos manipulan y gestionan todo desde la sombra. Es la clásica teoría del complot. Eso es un fantasma. En realidad la influencia de EE UU en Oriente Medio no ha dejado de disminuir desde 1990-1991, es decir, desde hace un cuarto de siglo. No deja de perder terreno. ¿Por qué? Por numerosas razones. La primera sin duda es la derrota en Irak, una enorme derrota del proyecto estadounidense en la zona. A ello hay que añadir las dificultades en Afganistán, donde, tras 12 años de guerra, se ven obligados a negociar hoy con los talibanes. Y esta demostración de debilidad se inscribe, además, en el horizonte de una crisis económica mundial, una pérdida de credibilidad general de EE UU y toda una serie de provocaciones frente a Irán, la América Latina liderada por el chavismo o la Rusia de Putin, signos claros de impotencia, como lo es también, sobre todo, su posición en Siria: una declaración total de impotencia. EE UU no está capacitado para gestionar los acontecimientos. Lo que ha ocurrido en Egipto es también un fracaso para ellos. El derrocamiento de Mubarak fue un primer fracaso y el de Mursi también, pues habían apostado por los Hermanos. Cuando comenzaron las movilizaciones del 30 de junio, la embajadora estadounidense en El Cairo declaró que no eran buenas para la economía. EE UU habían dejado claro que habían decidido prestar su apoyo a los Hermanos; también en el momento de las elecciones, cuando presionaron al Ejército para que permitiera la candidatura de Mursi. Un apoyo no solo en Egipto sino a nivel regional. EE UU tienen ahora que aceptar que los Hermanos han fracasado. Pero lo que ha convencido de este fracaso a EE UU, así como al propio Ejército, es la envergadura de la movilización popular. Porque el Ejército solo dio su ultimatum e intervino después de constatar la amplitud de estas movilizaciones del 30 de junio. No hay que olvidar que quien organiza la convocatoria es *Tamarrud (Rebelión)*, un grupo de izquierdas. Esa es una razón para considerar que lo que ha pasado es importante; las movilizaciones han sido incluso mayores que en 2011. En 2011 la movilización fue lanzada por todos los sectores, incluidos los liberales; esta vez ha sido *Tamarrud*, con gente que procede de Kifaya, un grupo, en definitiva, con un claro perfil de izquierdas. Se trata, pues, de un grupo de izquierdas que lanza una movilización popular que supera todas las expectativas y que sorprende a todo el mundo, incluido el

Ejército. Después del golpe, el Ejército difundió las imágenes tomadas desde los helicópteros que demuestran el carácter multitudinario de estas protestas: como para explicar por qué han intervenido. Era un mensaje dirigido a Washington, para dejar claro a EE UU y a los otros que no tenía elección y que su intervención respondía a la necesidad de evitar una guerra civil. Es lo mismo que ocurrió en 2011, cuando el Ejército vio que había un movimiento multitudinario de oposición a Mubarak, incapaz de responder a las demandas populares, e intervino para descartarlo. Tampoco Mursi quiso hacer lo mínimo para responder a las demandas de la población; ante la enorme dimensión de las protestas se negó a hacer un solo gesto.

Los Hermanos -no Mursi, que es solo una fachada- han gobernado con una arrogancia sin límites. Se han comportado como si estuviesen gobernando con el apoyo del 80% de la población cuando en realidad Mursi fue elegido en el segundo turno de las presidenciales y gracias al voto de los que no querían la vuelta del *ancien régime*. En lugar de gobernar buscando el consenso lo han hecho como si Dios mismos les hubiese encargado la misión y aquí vemos el resultado. El resultado es lo que acaba de suceder.

P.: ¿Pero no te parece que tampoco la oposición -centrada en el Frente Nacional de Salvación- ha buscado el consenso; que, al contrario, ha apostado siempre por el enfrentamiento y la criminalización del gobierno?

G.A.: El FNS ha rechazado las propuestas de Mursi porque no eran creíbles. Los Hermanos han impuesto a la fuerza su constitución; han impuesto por la fuerza las reglas de juego. Cuando luego pretenden negociar, es normal que la oposición se niegue: ya no había nada que discutir. No se les puede reprochar. Tenían el derecho de esperar propuestas más concretas. Y ante su lógica frustración han movilizado a la gente, una movilización -lo repito una vez más- cuya amplitud ha empezado por sorprenderles a ellos mismos. Llegados a ese punto, Mursi tenía que marcharse. El problema es que no hay hoy una radicalización política y social capaz de cuestionar el sistema en su conjunto.

P.: Entonces, en tu opinión, ¿qué debe hacer ahora la izquierda en Egipto?

G.A.: Si hubiera habido una izquierda con una verdadera visión estratégica, habría tenido que enfocar toda la lucha, desde el principio, en torno a la cuestión social. Si hubieran combatido por la cuestión social hoy tendríamos una situación diferente. Si se hubieran centrado en la cuestión social habrían tenido que enfrentarse a todas las otras fuerzas: desde los Hermanos a los fulul del *ancien régime* a los liberales. El-Baredei o Amr Musa no son personas que estén a favor de cambios sociales y económicos profundos en el país. Por eso, a mi juicio, la salida más positiva sería la formación hoy de un gobierno de coalición que incluyera a todas las fuerzas políticas, desde los Hermanos a los liberales, lo que permitirá una radicalización social no enmascarada por el enfrentamiento entre los Hermanos y los liberales.

“Si hubiera habido una izquierda con una verdadera visión estratégica, habría tenido que enfocar toda la lucha, desde el principio, en torno a la cuestión social”

P.: ¿Y crees que eso será posible? ¿Que después de la matanza de sus partidarios y el arresto de Mursi los Hermanos van a aceptar participar en un gobierno de coalición? ¿No va a haber una guerra civil en Egipto?

G.A.: No, no lo creo. Los Hermanos Musulmanes es un partido burgués conservador. Su base social pertenece a la pequeña burguesía y su dirección está formada por capitalistas. No son radicales que vayan a buscar la guerra civil. Eso sería un desastre para ellos. Han recibido una

bofetada tan grande con las movilizaciones del 30 de junio y con el derrocamiento del gobierno, que tienen que aceptar su derrota; si resisten y protestan es más que nada para intentar negociar en las mejores condiciones posibles. Y todas las partes saben que Washington apoya esto. EE UU -como decía antes- se ha descubierto impotentes ante las movilizaciones y la intervención del Ejército. Y ahora su papel es de intermediario entre las partes para resolver políticamente la cuestión; esa es la posición estadounidense. En esa negociación entre el Ejército y los Hermanos, estos últimos tratan de conseguir una posición de fuerza mediante esas protestas y movilizaciones. Pero lo que está claro es que en ningún caso conseguirán movilizar tanta gente como se movilizó contra ellos. Los Hermanos tienen absoluta necesidad de seguir dentro del marco de la lucha política (no militar), entre otras razones para evitar que grupos juveniles de sus bases militantes se radicalicen y se sumen a organizaciones islámicas más radicales.

P.: ¿Pero la dirección de los Hermanos es capaz de controlar a todas sus bases militantes? ¿No existe el riesgo de una radicalización de un sector de las mismas, frustradas por el golpe de Estado?

G.A.: Es un riesgo limitado. Los Hermanos son una máquina muy fuerte, muy disciplinada. Están muy organizados. Por lo que el riesgo es muy limitado. Y para evitar ese riesgo hay que hacer lo que está ya haciendo la dirección: hacer creer a sus bases que va a llegar hasta el final. Pero en mi opinión no van a llegar hasta el final; solo van a luchar hasta que consigan condiciones favorables. En fin, yo no sé qué ha pasado con la masacre de la Guardia Nacional, pero me cuesta mucho creer que el Ejército haya tomado la iniciativa de disparar y matar a cincuenta personas. No es verosímil. Según el *Ahram*, la mayoría de los egipcios creen que el Ejército disparó en respuesta a una tentativa armada de asaltar el cuartel donde se supone que estaba detenido Mursi. Si hubiesen conseguido liberar a Mursi, eso habría sido, en efecto, un golpe formidable. Los soldados tenían instrucciones, sin duda, de responder a cualquier ataque, pues para el Ejército la liberación de Mursi habría supuesto un revés enorme.

P.: Estoy completamente de acuerdo sobre la posición de EE UU y su tentativa ahora de presionar al ejército y a los Hermanos para que negocien. Lo que no me parece tan claro es que esta operación vaya a tener éxito.

G.A.: No hay alternativa. La guerra civil no es una posibilidad. Los Hermanos no quieren la guerra civil; el Ejército no quiere la guerra civil; nadie la quiere. El riesgo para los Hermanos es el de ser aplastados, como les ocurrió en los años 50; y para el Estado egipcio y para la burguesía egipcia significaría la catástrofe económica.

P.: Gilbert, tras los últimos acontecimientos en Egipto es necesario partir de este país para analizar el conjunto de la región. ¿Cómo crees que va a influir en el resto del mundo árabe y sobre todo en Túnez y en Siria? En Túnez, ya lo has visto, la izquierda parece haber cedido por fin a los cantos de sirena de la derecha y el Frente Popular, tras emitir un comunicado de apoyo a los “revolucionarios egipcios” sin mencionar al Ejército, se incorpora a una iniciativa transversal para reproducir el modelo, disolver la asamblea y formar un gobierno de coalición que encargue a un “consejo de sabios” la redacción de un nuevo texto constitucional. Por otra parte en Siria, y como consecuencia -digamos- del fracaso del modelo turco-qatarí de los HHMM, la posición de EEUU y de las potencias occidentales ha empezado a cambiar. Ya lo hemos visto con la suspensión de la anunciada ayuda militar a los rebeldes. ¿No beneficia a Bachar Al-Assad el golpe militar en Egipto?

G.A.: Hay algo muy claro desde 2011: que los acontecimientos en la región son muy contagiosos y que cada país es marcado por lo que pasa en los otros países, sobre todo si se trata del país central, en este caso Egipto. ¿Cuáles son entonces las consecuencias? Bueno, depende del país. No es lo mismo en Túnez que en Siria. En Túnez, la miopía -la ausencia de perspicacia política- de la izquierda es peor que en Egipto, porque las condiciones en Túnez son más favorables. En Túnez hay una fuerza sociopolítica sin equivalente en ningún otro país de la zona. Me refiero al sindicato UGTT. La izquierda tunecina, en lugar de dar protagonismo político a la UGTT y pedir un gobierno de la UGTT, centra su proyecto en torno al Frente Popular, dejándose llevar por la ilusión de que va a conseguir ganar apoyo popular, cuando este apoyo, en cualquier caso, es y seguirá siendo pequeño. Al contrario que la UGTT, el Frente Popular no es atractivo; aparece como un grupo de izquierdistas estudiantiles envejecidos. Y como lo saben (porque las propias encuestas lo demuestran) buscan ahora alianzas con la derecha, con los fulul de la dictadura tunecina. Es la catástrofe. Es aún más catastrófico que en Egipto. Porque en Egipto podemos decir que la izquierda radical es débil y que no hay un movimiento afianzado. Pero en Túnez existe y es potencialmente hegemónico. En lugar de buscar un proyecto de hegemonía a partir de la UGTT, la izquierda tunecina se dedica a la política barata. Es dramático.

P.: ¿Y Siria?

G.A.: Siria es otra cosa. En Siria hay una guerra civil y en una situación de guerra civil no hay un proyecto de hegemonía política; son las armas las que hablan. Es una cuestión de fuerza. Si la financiación y las armas proceden de Arabia Saudí y Qatar y van dirigidas a grupos islamistas, ya se trate de los Hermanos o -todavía peor- de yihadistas, sobre el terreno tendremos una relación de fuerzas favorable a estas organizaciones, que se vuelven cada vez más visibles. Lo que llamamos Ejército Libre Sirio es un grupo desorganizado sin los medios necesarios para imponer su proyecto. Occidente tiene su responsabilidad directa en esta situación. La única fuente que puede armar a la oposición oficial siria (que, nos guste o no, es más realista y plural) son los países occidentales, que se han negado. De manera que el resultado es este: tenemos por un lado al régimen armado por Rusia y China, y tenemos a los islamistas armados por las monarquías del Golfo; luego están los otros, que carecen de medios para oponerse a los dos anteriores. Pero nada de esto se ve afectado por lo que pasa en Egipto. O solo parcialmente, en el sentido de que en la guerra que enfrenta a Arabia Saudí y Qatar, Qatar acaba de perder la batalla. En mi libro -del que espero que haya pronto una traducción española- lo explico por extenso. En 1990 Arabia Saudí rompe con los Hermanos, que pasan a ser patrocinados por Qatar. Desde entonces los Hermanos y los saudíes mantienen relaciones muy tensas. Es por eso que el rey saudí ha sido el primero en saludar y reconocer el golpe de Estado en Egipto. Y todo eso se traduce, en el marco de la rivalidad Arabia Saudí-Qatar, en que, por primera vez, los saudíes han logrado imponer a su candidato a la cabeza de la Coalición de la Oposición Siria, hasta ahora en manos de Qatar y los Hermanos. Ahora bien, las cosas son muy complejas, porque el candidato saudí que acaban de elegir es apoyado también por Michel Kilo, que es un opositor de origen comunista. Hay que recordarlo para los que ven siempre todo en blanco o negro (imperialismo de un lado, anti-imperialismo del otro), olvidando la complejidad de la situación sobre el terreno.

P.: Es anecdótico, pero no sé si conoces el grupo sirio Tamarrud que acaba de ser creado para oponerse al mismo tiempo al régimen de Bachar y a los islamistas.

G.A.: Es una buena iniciativa. ¿Lo ves? Es lo que digo sobre Egipto. Es importante que siga la movilización. Hay dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Dos pasos hacia delante con las movilizaciones y un paso hacia atrás con la intervención del ejército.

P.: Compartes datos y análisis contigo, salvo que quizás yo soy más pesimista.

G.A.: Yo no soy optimista en el sentido de creer que la revolución socialista va a triunfar mañana. Lo único que yo digo (y esto no es optimismo sino realismo)

es que el proceso revolucionario que comenzó en 2011 va a durar mucho tiempo y no se ha parado. Yo no creo que se haya acabado con el derrocamiento de los Hermanos.

P.: Sí, sí, claro, pero para mí hay una cuestión muy importante para la que no tengo una respuesta clara. Es una cuestión ingenua, si quieres, pero muy importante. En un proceso revolucionario, ¿cuándo podríamos decir que hemos ganado y con qué criterio? ¿Cómo juzgar si avanzamos o retrocedemos? El golpe en Egipto, ¿es un avance o un retroceso? ¿Cuándo podríamos decir que la revolución ha sido derrotada -como han sido derrotadas tantas veces antes en otros sitios?

G.A.: La derrota tiene muchas caras. En el proceso revolucionario árabe, presenta muchas facetas, muchos tipos de reacción, numerosas contrarrevoluciones. Hay una contrarrevolución que tiene el color del *ancien régime*, que resiste en Siria, en Bahrein, que existe todavía en Egipto y en Yemen; y ha sido vencido en Libia, donde en cualquier caso domina el caos. Esa es una contrarrevolución posible, pero hay otra, que es la contrarrevolución islámica, la de las fuerzas integristas islámicas, que son fuerzas reaccionarias que quieren desviar el movimiento hacia una vía reaccionaria. No es la primera vez que ocurre. ¿Qué fue la revolución iraní de 1979? Un formidable movimiento popular desviado en favor de un régimen islámico reaccionario. Esta es también una contrarrevolución posible. Tenemos ya al menos dos. Y la única revolución posible pasa por la llegada al poder de fuerzas progresistas que introduzcan cambios sociales, al menos del tipo de América Latina, de la izquierda latinoamericana. Si ocurre algo así, entonces sí podremos hablar de un “desbloqueo” de la situación en el mundo árabe. Hay un potencial o, más que un potencial, en Túnez. Acabamos de decir que desgraciadamente la izquierda está desperdiciando este potencial. Hay un potencial a más largo plazo en Egipto, porque hoy las relaciones de fuerzas son poco favorables a la izquierda. Mira, si combinas dos cosas, el movimiento *Tamarrud* con el caso de Sabahi, que con medios irrisorios consiguió alcanzar la tercera plaza en las presidenciales, si combinas estos dos factores puedes darte cuenta del potencial enorme que tiene Egipto. Hablando de Sabahi hablamos de un horizonte ideológico nacionalista nasserista, pero ese horizonte nacionalista no ha muerto, es -si quieres- el horizonte bolivariano. Es un horizonte de izquierda populista a favor del cambio social, pero que considera irrenunciable la democracia. Creo que eso es un gran cambio respecto de la izquierda del siglo XX, que ha sido desastrosa en relación con la democracia. Si algo así llega a ocurrir en el mundo árabe, en ese momento podremos hablar de una victoria. Terminó diciendo que, en mi opinión, hay un potencial enorme en este proceso revolucionario, pero hay también un riesgo grande de retroceso e incluso de barbarie. Pero lo que sin duda ha cambiado desde 2011, desde Sidi Bouzid, es la liberación de un enorme potencial antes inexistente. ■